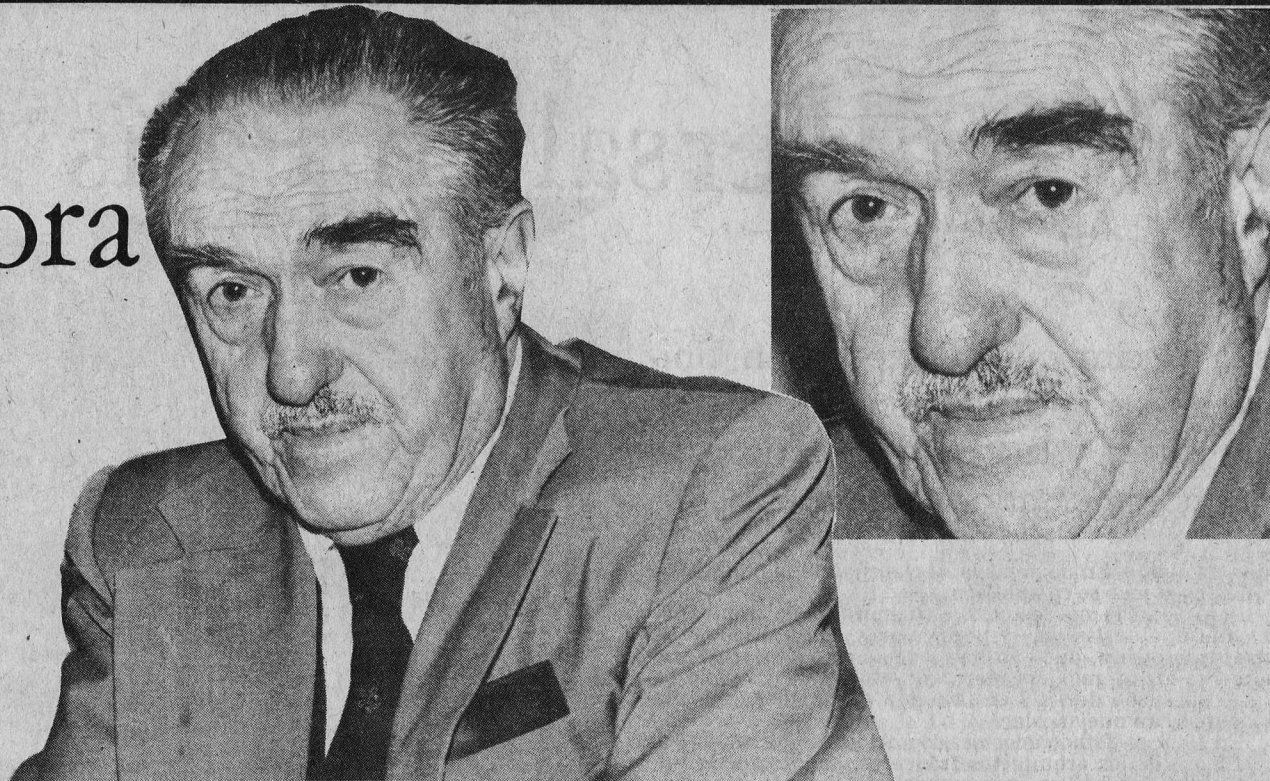


El Ensayo en Mario Góngora

Por Joaquín Fernandois

Mario Góngora no sólo fue el historiador que todos conocemos, sino que también un diagnosticador, un opinante sobre el mundo que le tocó vivir.



● El siguiente es el discurso pronunciado por Joaquín Fernandois al presentar el libro “Civilización de masas y esperanza”, en el cual se reúnen trabajos breves y entrevistas concedidas por el desaparecido historiador Mario Góngora.

La obra historiográfica de Mario Góngora es bien conocida en los círculos académicos e intelectuales, ya sea en el país o en aquellas instituciones universitarias que en América y Europa tienen al continente iberoamericano como objeto de estudio y meditación. Si el gran público culto la desconoce, quizás, la causa hay que hallarla en el progresivo extrañamiento de ese público frente a las tendencias intelectuales contemporáneas. Ello es parte del advenimiento de la civilización de masas, el anatema para el historiador Mario Góngora.

Sin embargo, existe un campo de la creatividad de un intelectual que puede llegar al conocimiento de un público culto que potencialmente puede ser muy vasto, y es aquel de sus trabajos de tipo ensayístico que no pertenecen a la disciplina específica en la cual se desempeñó. Pues Mario Góngora no fue sólo el historiador que todos conocemos, sino que también un diagnosticador, un opinante sobre el mundo en que le tocó vivir y sobre lo cual experimentó una particular angustia: los dilemas del catolicismo contemporáneo, destino del Estado en Chile, las convulsiones de la Universidad, las condiciones de una real cultura humanista, la crisis de la individualidad frente a la civilización de masas...

Siempre es importante reunir la obra dispersa y casual de un intelectual de nota, pues ella ayuda a comprender mejor su obra principal.

En el caso de Mario Góngora ello constituye una búsqueda

Es en esta capacidad de sustraerse a lo que se presenta como el mandato de la hora donde el historiador chileno cree divisar la aptitud de intervenir en la historia, puesto que él no predica ni un nihilismo ni mucho menos pretendió desempeñar el papel de un “epateur”.

da imprescindible para el investigador y para el observador inquieto por el porvenir de nuestra civilización. Don Mario tuvo una relación de entrañable afecto con esta parte de su obra, surgido de los “momentos de ocio”, en el mejor y más venerable sentido de esta expresión. Efectivamente, al referirse a sus trabajos de corte estrictamente académico, señaló que allí faltaban “los varios artículos que no constituyen investigación, sino ensayos críticos de toma de posición frente a diversos fenómenos y problemas del mundo presente, desde 1966 a 1980, ensayos que son, sin embargo, tal vez lo que más he querido de mi obra”.

De esta manera, al reunir y publicar esta obra del histo-

riador, dispersa pero medular, gracias a la generosidad de varios donantes, la Fundación Mario Góngora ha puesto a disposición de la clase intelectual y del público culto un importante testimonio del pensamiento chileno de la segunda mitad del siglo XX. Es imposible dar una idea siquiera sumaria de la riqueza de su temática. Baste decir que nuestro historiador se encuentra dentro del puñado de intelectuales chilenos que en estos últimos 40 años ha podido mostrar una inusitada amplitud de intereses junto a un rigor incomparable en los temas que abordaba.

Don Mario aborrecía de las modas, pero a las vez permanecía siempre en una actitud de atenta percepción a las nuevas tendencias y a los testimonios de la época. Su impresionante cultura en las humanidades y, particularmente, en la historia del pensamiento, encendió en él un destacado sentido crítico. Sin sumergirse en la adoración de los ídolos de su momento, pudo mantener la suficiente independencia de criterio como para ser hombre de su tiempo en la mirada diagnosticadora a ese tiempo, quizás uno de los ideales más difíciles de cumplir en la tarea intelectual, en un siglo que ha presenciado hasta la saciedad la traición de los intelectuales a su propio oficio. Es esta lucha tenaz por la fidelidad a su oficio la que emerge tan perfilada en la obra ensayística de Mario Góngora, y por ello la Fundación desea inaugurar sus actividades poniendo a disposición del público la recopilación de estos escritos para muchos desconocidos.

Con todo, conviene referirse a dos constantes que aparecen en la obra ensayística de Mario Góngora. No son ni las únicas ni siquiera las expresamente referidas en los títulos de los ensayos. Pero sí estas constantes cruzan la gran mayoría de ellos, dejan sentir su presencia comedida pero a la vez iluminadora del sentido por él querido, y nos refieren a ese fondo insondable de donde nace la inquietud y la palabra creadora de todo intelectual de gran porte.

En primer lugar su pasión por la libertad. No en el sentido que comúnmente se la entiende, sino que según una comprensión superior, que contiene y funda a aquel entendimiento común, como un acto de fundación cultural; esto es, de veneración por los valores y modelos superiores, que para don Mario eran la marca de toda verdadera cultura. “Defino la libertad, desde mi perspectiva —dice el autor—, como un poder de recogimiento, en cuya virtud no es el hombre un mero reflejo de cosas externas, de coacciones o de necesidades de todo orden. Recogiéndose, sea para oponerles desde el fondo de sí mismo, o interpretándolas, personalizándolas, desde el fondo también de sí mismo. La libertad es por tanto el espacio infinito, pero interior. Es el principio de posibilidad frente a la realidad”. De esta manera, para el historiador, la libertad no se encuentra en donde existe la falta de coacción, sino en donde emerge la resistencia o la conquista y transfiguración de los factores de coacción, pero

ello originado desde el fondo del alma. En este sentido Mario Góngora intenta mantener en la conciencia de sus lectores la convicción de que sin un fondo de espiritualidad fundado en las grandes revelaciones religiosas, artísticas y del pensamiento —a su modo, cada una de ellas aventuras para conjurar esos factores de coacción— no se funda una verdadera libertad. Si ésta se encuentra en peligro, no sólo hay que mirar a los constreñimientos que siempre se señalan, los que por lo demás don Mario era el último en ignorar. Antes que nada se debe volcar el hombre hacia una fuente nutricia de la libertad, que funda la posibilidad de libertad, la de una esperanza en el suelo de la desesperanza. “Ese salto de lo imposible del mundo humano, dice don Mario, a lo posible en la trascendencia divina es precisamente el salto de la esperanza”.

Entonces es posible comprender cómo en la ensayística de Mario Góngora aparece de manera obstinada ese intento de leer los rastros escatológicos en el variado acontecer de nuestro mundo, pero decididamente sin pretender hallarlos instalados en algunas de las potencias establecidas. De esta manera entendemos que partiendo él del campo del catolicismo y en su obediencia en lo fundamental, haya admirado a las figuras religiosas que en su opinión más destacaban por su independencia espiritual, como el sacerdote Juan Salas Infante, por desgracia para nosotros casi un desconocido, o, incluso, un cierto Lutero como lo dijera en más de un texto, especialmente en un notable artículo presente en esta recopilación. También los grandes místicos medievales y los escritores del llamado “renacimiento católico” de comienzos del presente siglo.

En segundo lugar me pareció distinguir en Mario Góngora una incesante preocupación por el vínculo entre la individualidad y la historia. La comprensión de este lazo se desprende naturalmente de la mirada sobre la libertad y la esperanza. Y conste que habla de “individualidad” y no de “individuo”, distinción en la que era especialmente riguroso, ya que “individuo” corresponde a un tipo humano atomizado y anulado. Se trata de que la relación del hombre con su tiempo puede estar definida por una inclinación ante las potencias de su tiempo, una subordinación a la historia tomada como una deidad idolatrada. Para nuestro historiador y diagnosticador se establece una radical contraposición de actitudes frente —como el mismo lo dice— a “los ‘resultados’ de la historia, su espuma, sus rasgos más visibles, el ‘estilo del tiempo’”. Uno puede adecuarse a él o no; pero ni una ni otra actitud implican realmente ‘hacer historia’ en sentido fuerte. Copiar las formas dominantes es padecer la historia, es capitular ante ella, nada más. ‘La verdadera historia se burla de la historia’, podría decirse, imitando el pensamiento de Pascal”. En otra parte Mario Góngora señala que la distinción de una verdadera individualidad reside en la manera cómo responde a la interrogante que decide si es “un hombre al nivel de su tiempo”. Si ello “implica plegarse a ‘la marcha de la historia’ (para usar de la manida y convencional frase) —dice don Mario—, o bien si ello significa decir ‘no’ en momentos decisivos”.

Es en esta capacidad de sustraerse a lo que se presenta como el mandato de la hora donde el historiador chileno cree divisar la aptitud de intervenir en la historia, puesto que él no predica ni un nihilismo ni mucho menos pretendió desempeñar el papel de un epateur.

Se trata más bien de entender una posibilidad de reaccionar del hombre ante la historia no como sujeto de los ídolos del foro —imagen que él utilizara en un célebre ensayo aquí presente—, no como el adorador de su presente, sino como quien a partir de una libertad fundada en la esperanza, algo difícil y pletórico de desesperanza, pueda opinar y diagnosticar acerca de su presente, y así participar en la historia en el más alto sentido de la vocación humana. Es de esta manera por lo demás cómo se funda lo nuevo en la historia, y no mediante su identificación con alguna deidad del momento. Y, más importante todavía, esta participación en la historia, aunque sea como una gran negación, puede quizás escapar a la maldición de la civilización de masas si es que su mirada a la época, sin desconocer ni necesariamente desvalorizar las categorías de su época, las pueda justipreciar y juzgar con categorías más permanentes, fundadas en esa libertad surgida de la esperanza. Aquí está también, más allá de sus inquietudes religiosas y por la religión, su permanente defensa de los valores de la cultura humanista en medio de la civilización técnica de nuestros días, y de la crítica de la evolución de la vida universitaria en los años sesenta, setenta y ochenta. Así puede emerger una palabra iluminadora sobre las pasiones que circulan por el foro, pero sin quedar sometida a la mecánica interna de estas últimas, siempre esterilizante en su finitud. Los ensayos reunidos en “Civilización de Masas y Esperanza” dan testimonio convincente de este tipo de mirada hacia la historia, hacia nuestro presente.

Finalmente quisiera volver al tema de la significación de la obra ensayística. Varias veces he nombrado la palabra “diagnosticador”, para caracterizar la actitud intelectual de Mario Góngora en estos artículos. Se trata de una suerte de concepto que el mismo don Mario utilizó repetidamente para referirse a una serie de pensadores modernos a quienes tenía especial estima. Aquí baste con nombrar a quienes posiblemente consideraba sus fundadores y altos exponentes, Burckhardt y Nietzsche. Por “diagnosticador” don Mario parece haber entendido una obra ensayística que debe expresar su descubrimiento no a través de grandes “sistemas” de pensamiento, sino por medio de miradas y explosiones discontinuas pero cargadas de promesas salvíficas. Supone la creencia en una incapacidad —y quizás falta de necesidad— del pensamiento contemporáneo de ser plenamente fecundo a la sombra imitativa de los grandes sistemas. Más bien el ensayo correspondería a esa “palabra quebrada”, como la ha

“Defino la libertad, desde mi perspectiva, como un poder de recogimiento, en cuya virtud no es el hombre un mero reflejo de cosas extremas, de coacciones o de necesidades de todo orden”.

definido un escritor chileno, Martín Cerda, ensayo que por su desvinculación con los sistemas escapa también a esa maldición de la era de las masas y de la adoración tecnológica, y puede entonces entregar la palabra crítica y orientadora en los territorios dominados por los ídolos del foro. En este sentido se comprende el profundo y permanente entusiasmo de Góngora por algunas de las vanguardias estéticas del siglo XX, actitud que nos sorprendía apenas trabábamos conocimiento con él. Es la perspectiva que nos explica su aprecio por Vicente Huidobro, en quien veía al poeta chileno más destacado del siglo XX.

Me permito llamar la atención hacia esta tradición diagnosticadora y hacia este tipo de ensayo propios del pensamiento moderno, pues quizás en tierra chilena se pueda vislumbrar a Mario Góngora como un gran discípulo de los “diagnosticadores”. Los ensayos de este libro no constituyen una guía de acción para moverse entre los nudos de la vida nacional. En cambio, leídos como fragmentos de un diagnóstico, pueden ayudar a constituir el cimiento de una cultura, como creación pensada en libertad, ésta fundada en la esperanza y con esa diestra independencia frente a la “marcha de la historia”, justamente para poder ser hombres en la historia.

Unas palabras de Hannah Arendt me parecen que iluminan espléndidamente el sentido de un pensamiento disperso, pero también fragmento de salvación: “Lo que guía a este pensamiento es la convicción de que aunque lo vivo esté sujeto a la ruina de la época, el proceso de podredumbre es al mismo tiempo el proceso de cristalización, y que en el fondo del mar, donde se sumerge y se disuelve lo que una vez era vivo, algunas cosas están ‘cambiadas por el mar’ y sobreviven en formas y figuras cristalizadas de nuevo que permanecen inmunes a los elementos, como si sólo esperaran al buscador de perlas que un día bajará a su encuentro para llevarlas al mundo de los vivos, como ‘fragmentos de pensamiento’, como algo rico y extraño, y quizás, incluso como fenómenos primigenios (Urphänomene) eternos”.